

# NAVEGAR Y NOMBRAR

Pablo Jarauta Bernal

“La cartografía del cielo nace de la mirada y de la mente que interpreta lo que la mirada registra, dándole un sentido y transformando la interpretación en una ley de la naturaleza. Cada representación cartográfica de la Tierra nace, sin embargo, más o menos directamente, de una experiencia, de un recorrido –largo o breve, excepcional o común– realizado por alguien. Nace de un relato, de una descripción. Nace de la combinación de testimonios directos o indirectos y de su interpretación. Nace, de alguna manera, incluso si el cartógrafo nunca ha entrado en su laboratorio, del desplazamiento, del viaje”<sup>1</sup>

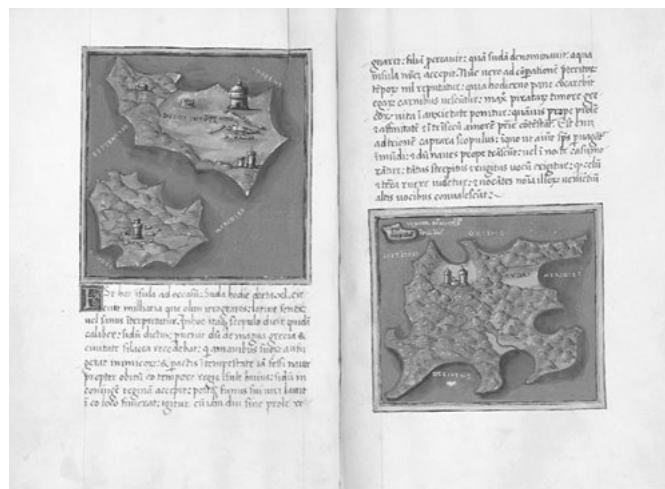
## Viejos nombres para un mundo nuevo

En 1439 regresaba a Italia, tras veinticinco años de viaje por las indias, Nicolo de Conti. Damasco, Basora, Ormuz, Kalat, Cambay, Calicut, Pegou, Taprobana, Sumatra, se pueden contar entre sus desembarcos y llegadas, recorriendo la ruta marítima a las indias, la menos frecuentada por los occidentales. Este viajero camaleónico aprendió el árabe y el persa, contrajo matrimonio con una cristiana oriental y, adoptando las costumbres y modas orientales, participó del frenético tráfico que sacudía los innumerables mercados y bazares que visitó. A su llegada a Italia no tardó en desplazarse a Florencia, una ciudad invadida por los preladados de las comunidades cristianas de Oriente que acudían al concilio convocado por el papa Eugenio IV, con la intención de solicitar audiencia al pontífice. Nicolo de Conti deseaba poner fin a la angustia que le acompañaba desde que dejara atrás el Mar Rojo, en tierras de Arabia. Fue allí donde se vio obligado a renegar de su fe y a afir-

mar el islam ante la amenaza de muerte a su mujer. Eugenio IV, quien trataba en esos momentos la unión de la Iglesia con las comunidades cristianas orientales, accedió a los deseos del viajero. Como penitencia por haber negado a Cristo, Eugenio IV estableció que Nicolo de Conti narraría su periplo ante la corte papal y, sobre todo, ante Poggio Bracciolini, secretario apostólico, que redactaría en latín su viaje a las indias. El manuscrito tendría como título *India recognita* y constituiría el IV volumen de las *Historiae de varietate fortunae* de Poggio Bracciolini.

Los intereses orientales del papado hicieron que el relato valiera la absolución. Armenios, coptos, etíopes, nestorianos... llenaban las calles florentinas al tiempo que las preocupaciones de Eugenio IV. El perdón solicitado por Nicolo de Conti se presentaba como la oportunidad para que un testigo de Oriente, mediante la narración de un viaje, esclareciera cuestiones referentes a la religión, la escritura, la navegación, los ritos funerarios y las costumbres de Asia Central y la India. En un pulido latín, el humanista Poggio Bracciolini introdujo estos temas en la segunda parte de su relación del viaje de Nicolo de Conti. Surge así el momento en el que el viaje salta del mapa al texto, “la notable transformación de la carta, del icono geográfico, en discurso”.<sup>2</sup> El que viaja, el observador, transmite su desplazamiento al que escribe, estableciendo el orden de un viaje laberíntico; el viaje encuentra, pues, ese espacio textual donde se instituye una escritura del mundo.

Ahora bien, ¿cómo escribir el mundo? O mejor, ¿cómo escribir ese *alter orbis* que los viajes exploratorios van dibujando? En el primer volumen de sus *Historiae de varietate fortunae*, Poggio Bracciolini paseaba con su amigo Antonio Loschi por Roma. Bajo la forma de un diálogo, los dos amigos observan los vestigios arquitectónicos de la ciudad y reflexionan sobre la mutabilidad de la fortuna. ¿Qué ven en esa arquitectura derruida? Contemplan un ruido, un eco que va recorriendo las ruinas mostrando un Viejo Mundo que puede leerse a través de sus huellas. Poggio Bracciolini compartía con muchos otros la pasión por el descubrimiento de manuscritos antiguos, entre sus hallazgos están la *Institución oratoria* de Quintiliano y dos discursos de Cicerón. Una arqueología de los textos configura otro tipo de viaje, aquel de rescatar del pesado paso del tiempo otro mundo. El mundo de Cicerón, Aristóteles, Platón, Séneca... dormía en manuscritos custodiados en monasterios, otras veces en islas olvidadas. Se trataba de una recuperación de lo que la Edad Media había malinterpretado o simplemente ignorado. A principios del siglo XV Leonardo Bruni felicitaba a Poggio Bracciolini por haber devuelto a Italia el manuscrito de Quintiliano procedente de un monasterio suizo, “liberándolo de su largo cautiverio en las mazmorras de los bárbaros”.<sup>3</sup> La recuperación de la Antigüedad, su reconstrucción imaginaria a partir de los textos, fue uno de los pilares del humanismo, que creyó encontrar en las letras de sus antepasados las bases para una reforma de la vida y la moral, de la iglesia y la sociedad. Al tiempo que se redescubrían los autores clásicos, abriéndose las puertas del mundo antiguo, el mundo habitado, conocido, desplegaba sus límites en todas direcciones. Las cortes europeas se vieron inundadas de humanistas, que servían al monarca redactando tratados sobre los nuevos descubrimientos y conquistas.

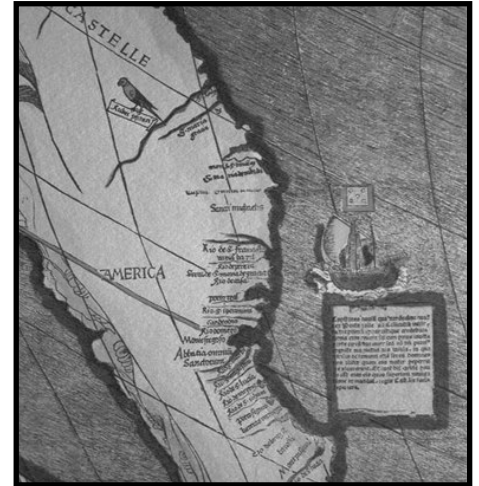


Cristoforo Buondelmonti, *Liber Insularum Arcipelagi*.  
Suntuosa copia de mediados del siglo XVI.

El avance del imperio otomano hizo que innumerables griegos llegaran a Italia huyendo de los turcos, muchos de ellos cargados de manuscritos. Tal es el caso del griego Chrysoloras, quien en 1397 se instaló en Florencia, persuadido por su amigo Jacopo Angelo, para dar clases de griego. Entre sus pertenencias se encontraban numerosos manuscritos, uno de ellos la *Geographia* de Tolomeo. En 1406 aparecería su primera traducción al latín a cargo de Jacopo de Angelo. El mundo adoptó, en estas primeras ediciones de la *Geographia*, la toponimia antigua del geógrafo alejandrino. Otro viajero, un alumno de Chrysoloras, Cristoforo Buondelmonti, partió en 1414 hacia Rodas para perfeccionar su griego y para buscar manuscritos antiguos. Durante cinco años se hizo con un gran número de libros procedentes de monasterios en varias islas; en Creta encontró textos de Aristóteles, Gregorio de Nisa y Libanio; en Imbros, las *Vidas* de Plutarco; y, en Andros, los *Hieroglyphica* de Horapolo.<sup>4</sup> Cristoforo Buondelmonti, que seguramente conoció el manuscrito de la *Geographia* de Tolomeo que Chrysoloras utilizaba en sus clases, navegó por el mar Egeo, un mundo antiguo, desde la retícula tolemaica de paralelos y meridianos. Interesado por la geografía y la cartografía, redactó en 1417 su *Descriptio insule Crete*, basa-



Martin Waldseemüller,  
*Universales Cosmographia secundum Ptholomei Traditionem et Americi Vesputici, 1507*



Detalle: un barco se dirige a Sudamérica.

da en una expedición por la isla de Creta durante veinticuatro días en barco y en mula. Tres años más tarde daba por terminado su *Liber Insularum Arcipelagi*, el primer islario del que se tiene noticia. El *Liber Insularum* contenía una descripción de Constantinopla y de sesenta y seis islas y grupos de islas del mar Egeo. Las descripciones de las islas consistían en un mapa y un texto al pie. Los mapas, que servían de descripción visual del texto, son claros ejemplos de la tradición de los portulanos, cartas náuticas que guiaban a los marineros en la navegación de cabotaje. Los portulanos tuvieron su origen en el *periplus* griego, un libro con direcciones y descripciones de puertos, costas, distancias, vientos... pero sin mapa. El portulano introdujo un mapa al modelo del *periplus* mostrando las costas y algunos nombres de lugares a lo largo de ella. Se trataba de un mapa para marineros, la información era técnica y prácticamente no había ningún dato sobre el interior. Cristoforo Buondelmonti no era un marinero, sino un erudito que buscaba textos antiguos. En el prólogo de su islario describía su obra como “un libro ilustrado de las islas Cíclades y de otras islas de sus alrededores con una relación de las acciones que

allí tuvieron lugar en tiempos antiguos y hasta el día presente”.<sup>5</sup> En efecto, en los mapas de las islas aparecen ruinas y vestigios de un mundo anterior. Si Poggio Bracciolini contemplaba las ruinas de Roma, Cristoforo Buondelmonti navegó entre las huellas del mundo antiguo dentro de esa geografía técnica que son los portulanos. Cristoforo Buondelmonti se acercó a la Antigüedad no sólo desde los textos, sino también desde la experiencia visual que supone la cartografía. Su *Liber Insularum Arcipelagi* inauguró el género de los islarios que tanta fortuna tendrían en el siglo XVI. Habría que esperar hasta 1485 para encontrar la primera edición impresa de un islario, el *Isolario* de Bartolomeo dalli Sonetti. El *Isolario*, circunscrito al Mar Egeo, comprendía diversos mapas de islas inscritas en rosas de los vientos. Mostrando el mismo ámbito que Cristoforo Buondelmonti, Bartolomeo dalli Sonetti hacía gala de su sobrenombre insertando en los mapas de su islario una serie de sonetos, versificando así el libro de las islas. En 1506-1510 aparecía el *De Insulis et peregrinatione Lusitanorum* de Valentim Fernández, un islario que no quedaba reducido al Mar Egeo sino que abarcaba las Azores, Madeira, las Canarias, las

islas de Cabo Verde, las islas del golfo de Guinea, con la Ascensión y Santa Helena. En 1528, Benedetto Bordone daba a su islario el título de *Libro de tutte l'Isole del Mondo* (Madeira, las Canarias, las Antillas, México, Brasil, Taprobana, Japón).

### Nuevos nombres para otros mundos

“Islarios, portulanos, cartas y atlas náuticos, *compassi da navigar*, tablas para el cálculo de la epacta, normas tradicionales para la disciplina a bordo de las naves, proverbios y dichos meteorológicos, rudimentales nociones astronómicas, calendarios perpetuos, fórmulas auguradoras... constituyeron –sobre todo entre finales del siglo XIII y la primera mitad del XV– el conjunto de conocimientos teóricos y prácticos para los que no existe una tradición culta, capaz de transmitirlo sistemática y críticamente, y que debe ser reconducido a un ámbito menos definible.”<sup>6</sup> Este ámbito menos definible no es otro que aquel de un saber marinero. El saber de los viajeros, navegantes, es un saber múltiple donde se mezclan historias de cualquier calibre, desde disparatadas teorías geográficas hasta detallados informes de la fauna o flora de un lugar. Los viajeros antiguos no eran hombres sabios (a Colón se le quiso atribuir estudios en Pavia, cuando hoy se ha pretendido demostrar que aprendió a escribir después de su segundo viaje; Américo Vespucci recordaba algunos pasajes de la Divina Comedia y citaba versos de Petrarca; Alexander von Humboldt escribió páginas maravillosas sobre la natural sensibilidad poética de Colón quien, a su parecer, era un artista sin saberlo).<sup>7</sup> La cartografía encontró en las islas un objeto de estudio abordable donde poner en práctica ese saber marinero, distanciándose de las tradiciones medievales. La cartografía medieval, en la que el mapa y el mundo eran la misma cosa, desarrolló enormes mapas que ilustraban la

coincidencia del origen geológico con el origen cristiano, dando lugar a una geografía ideológica. A partir del siglo XV los viajes exploratorios fueron borrando del mapa gran parte del imaginario medieval que, habiendo despojado al Edén de su condición temporal para darle otra espacial, fomentó la pronta localización geográfica de todos los elementos de la historia cristiana. Conforme se descubría y se naufragaba, las islas se mostraron como un objeto de estudio aislado, lejos del continente, del mundo y de la historia, pudiendo exportarse ese conocimiento parcelario a la totalidad del globo terrestre.<sup>8</sup> Las islas se convirtieron en el laboratorio idóneo para el desarrollo de técnicas de representación cartográfica, para las políticas estatales y, también, para idear la mejor forma de sociedad o Estado. Así lo creyeron no sólo cartógrafos, sino también reyes y políticos.

Tomás Moro decidió que su república perfecta fuera una isla, operación que responde al entresijo de un mundo inestable, fragmentado, salpicado de diminutas realidades. La isla de Utopía emerge de ese tiempo de los islarios, como una pieza más en la ardua tarea de la representación del mundo. El lenguaje utópico que Tomás Moro inauguró permitía hacer de la isla un espacio abordable desde la cartografía, la filosofía política y la literatura. ¿Qué lenguaje es ése con el que se puede nombrar lo que no existe y representar lo irrepresentable? ¿Cómo nombrar el mundo como mosaico? Tomás Moro despliega en *Utopía* (1516) un abanico de nombres contradictorios, nombres que se niegan a sí mismos en el relato fundacional de la isla, de la ciudad, de la perfecta república. También en la representación de la isla aparecen contradicciones cuando, Rafael Hitlodeo, viajero que ha visitado la isla, afirma que su circunferencia es de quinientas millas y su anchura de doscientas. ¿Despiste matemático o error deliberado? ¿Acaso Tomás Moro ignoraba a

Arquímedes, Ptolomeo o Nicolás de Cusa? La anchura debe ser menor que el diámetro para conservar la forma de luna creciente. De hecho, debe ser bastante menor si además en el centro se encuentra un vasto lago. Si la circunferencia es de 500 millas resultaría un diámetro de 160, que con el lago se quedaría en bastante menos. En efecto, la isla de Utopía tiene una forma de astro, de media luna, con un gran lago en su centro que bien podría ser el reflejo de una cartografía celeste, de una cosmografía que diluye los mundos.

Tomás Moro tenía una vaga idea de cómo era el mundo. Había estudiado el *Tractatus de Sphaera* de Sacrobosco, la obra elemental de astronomía más popular entre los siglos XIII y XVII, lectura obligatoria durante todo el siglo XV en la facultad de Filosofía y Letras de la universidad de Oxford. Sacrobosco, junto a los últimos autores clásicos como Martianus Capella o Macrobio, fue una de las fuentes geográficas más importantes que mantuvieron viva la idea y la creencia de la esfericidad de la Tierra en la Edad Media, la existencia de las Antípodas y la teoría de las zonas climáticas. Según la teoría de las zonas climáticas el mundo estaba dividido en 5 zonas: el Norte y el Sur de las zonas frías, las zonas tórridas del Ecuador y el Norte y el Sur de las zonas templadas, las cuales, en ciertos perfeccionamientos de la teoría, estaban divididas en siete climas.<sup>9</sup> En las zonas templadas se encontraba el mundo conocido; más allá, mares de fuego y tormentas de nieve, un lugar inhabitable al que los hombres fueron desplazando sus miedos. Se sabe que Moro estuvo familiarizado, si no tanto con los mapas de Tolomeo, sí con la *Nuremberg World Chronicle* de Hartmann Schedel (1493), una obra que sabemos que poseyó.<sup>10</sup> Entre sus numerosas ilustraciones encontramos dos mapas de corte tolemaico pero sin el aparato científico de longitudes, latitudes, escalas. El

mapa aparecerá rodeado por los doce vientos y sostenido por tres solemnes figuras, a saber, Ham, Shem y Japhet del Antiguo Testamento. También hay otros personajes que proceden de Solino, Plinio, Herodoto y autores clásicos que se mezclaron con las leyendas medievales de viajeros y visionarios. La fuente geográfica más completa a la que Moro tuvo acceso fue el *Interlude of the Four Elements* de John Rastell, hijo político de Moro. La obra fue escrita alrededor de 1520 y contiene una de las primeras menciones de América en la literatura inglesa. John Rastell tomó parte en una expedición hacia el Nuevo Mundo en 1516-1517 para fundar una colonia y comerciar con los nativos. El viaje fue un fracaso y llegando a Irlanda la tripulación se amotinó, dando por concluido el viaje. Más tarde, en 1536, un hijo de John Rastell, John Rastell Jr., emprendió otro viaje al Nuevo Mundo que fue desastroso, acabó en hambrunas, canibalismo y piratería.<sup>11</sup> John Rastell tuvo un gran interés por los mapas y globos. Utilizó la *Carta Marina* de Waldseemüller como tesis para su lección de geografía en verso, aunque no fue muy competente en geografía pues desconocía por completo los descubrimientos de Vespucci así como las últimas actualizaciones de un mundo que cambiaba de forma en cada tratado. Tenía una idea arcaica de Asia y, probablemente, nunca escuchó ni una sola palabra de las Indias orientales.<sup>12</sup> Sin embargo, Rastell tenía una idea geográfica del mundo acorde a la que podría tener un hombre de negocios en las primeras décadas del siglo XVI.<sup>13</sup>

Tomás Moro sí estaba al corriente de los viajes de Vespucci. El protagonista de *Utopía*, Rafael Hitlodeo, navegó con él en tres de sus cuatro viajes. Las *Quator Navigationes* de Vespucci fueron escritas en italiano, en la ciudad de Lisboa en 1504. Su publicación habría de esperar hasta 1506 para ver la luz en Florencia. En 1507 las

cartas llegaron a Francia, concretamente a la *Geographical School*, en la corte del duque de Lorena. El Gymnase Vosgien, imprenta situada en Saint-Dié-des-Vosges, a ochocientos kilómetros del mar, tradujo al latín las *Quator Navigationes* publicándolas con la *Cosmographie Introductio* de Martin Waldseemüller y bautizando por primera vez al Nuevo Mundo como América.<sup>14</sup> Moro se haría con un ejemplar de esta edición conjunta.<sup>15</sup> La *Cosmographie Introductio* era un breve tratado de geografía de treinta y seis páginas que acompañaba al mapa de Waldseemüller y a su pequeño globo. En el mapa y en el tratado aparecían nuevas tierras desconocidas para Tolomeo. Waldseemüller hizo bien añadiendo la carta de Vespucci sobre las nuevas tierras, por primera vez llamadas aquí “América”. La carta de Vespucci se prolongaba durante sesenta y cuatro páginas adicionales al tratado de Waldseemüller. Cuando Waldseemüller publicó su *Cosmographie Introductio*, la comunidad geográfica había empezado a considerar que realmente existía un Nuevo Mundo. Esta observación se comprueba en los dos mapas que aparecen en la parte superior del mismo mapa de Waldseemüller. El Viejo Mundo queda a la izquierda y el Nuevo a la derecha, representando a América como una sólida masa continua. Dos personajes auspician estos mundos: Tolomeo, a la izquierda, sosteniendo un manuscrito, contempla el viejo mundo; Vespucci, a la derecha, sin manuscrito, con un compás, contempla su Nuevo Mundo. Uno de los objetivos de este mapa fue el de distinguir claramente Asia de América como dos continentes diferentes. Habían pasado más de cuatro años desde que Vespucci proclamara el descubrimiento de todo un continente.

Moro contempló este mapa y comprobó cómo un Nuevo Mundo estaba emergiendo de las mismas aguas que antaño sólo invitaban a esquivarlas. También leyó la carta de Waldseemüller y

contempló su globo, además de leer detenidamente la carta de Vespucci. Fue en este momento de la historia cuando Moro percibió la posibilidad de un nuevo comienzo. En el mapa de Waldseemüller observamos cómo una embarcación se acerca lentamente a Sudamérica. Moro verá en ella un pasajero muy especial: Rafael Hitlodeo. Pero Utopía no pertenece al mundo de Waldseemüller o Vespucci; de hecho, no pertenece a este mundo. La isla de Utopía se inscribe en el primer postulado utópico: hacer del espacio un espacio habitable. De la tierra habitada a la tierra habitable, he ahí la tarea utópica por excelencia. A Utopía se accede mediante un pacto utópico entre el lector y el texto, un pacto por el que se suspenden las contradicciones de sus nombres y de su representación. Se accede a través de la lectura, ejercicio que recuerda a aquella intención de reactivación de los clásicos que el humanismo había promulgado. En Utopía no hay ruinas que contemplar, son sus nombres antiguos los que anuncian los problemas futuros. La isla de Utopía es una creación que va desde el pasado hacia el futuro, desde la memoria hacia la cultura del proyecto, desde el relato de viajes hacia la operación utópica de diseñar y pensar una sociedad.

## NOTAS

<sup>1</sup> MILANESI, M., "Il viaggio, la scoperta, la carta" en Catálogo de la exposición, *Segni e Sogni della Terra*, Palazzo Reale, Milano, DeAgostini, 2001, p. 131.

<sup>2</sup> MARIN, L., *Utópicas: juegos de espacios*, Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 52.

<sup>3</sup> HALE, J., *La civilización del Renacimiento en Europa*, Barcelona, Crítica, 1993, p. 63. Citado en YATES, F., *Astrea. The Imperial Throne in the Sixteenth Century*, Harmondsworth, 1977, p. 16.

- <sup>4</sup> FORTINI BROWN, P., *Venice and Antiquity. The Venetian Sense of the Past*, New Haven & Londres, Yale University Press, 1996, p. 77.
- <sup>5</sup> Citado en CLUTTON, E., "The *Isolarii*: Buondelmonti's *Liber Insularum Arcipelagi*" en HARLEY, J.B. & WOODWARD, D., (ed) *The History of Cartography, I: Cartography in Prehistoric, Ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*, Chicago, The University of Chicago Press, 1987, p. 482.
- <sup>6</sup> FALCHETTA, P., "Bartolomeo "dalli Sonetti" e Battista Agnese. Due autori per un isolario" en Catálogo de la exposición *Naviagare e Descrivere. Isolari e portolani del Museo Correr di Venezia XV-XVIII secolo*, Venecia, Museo Correr di Venezia, Marsilio, 2001, p. 45.
- <sup>7</sup> Véase OLSCHKI, L., *Storia letteraria delle scoperte geografiche; studi e ricerche*, Firenze, L.S. Olschki, 1937.
- <sup>8</sup> Véase LESTRINGANT, F., *Le Livre des Îles*, Genève, Droz, 2002.
- <sup>9</sup> BROWN, LI. A., *The Story of Maps*, New York, Dover, 1977, pp. 99-101.
- <sup>10</sup> LAKOWSKI, R.I., "Utopia and the "Pacific Rim": The Cartographical Evidence" en *Early Modern Literary Studies* 5.2, September, 1999, p. 1, nota 3.
- <sup>11</sup> Véase LAKOWSKI, R.I., "Geography and the More Circle: John Rastell, Thomas More and the "New World"" en *Renaissance Forum*, vol. 4, n. 1, 1999.
- <sup>12</sup> PARKS, G.B., "The Geography of the Interlude of the Four Elements" en *Philological Quarterly*, XVII, III, July, 1938, pp. 261-262.
- <sup>13</sup> PARR, J., "John Rastell's Geographical Knowledge of America" en *Philological Quarterly* XXVII, III, July, 1948, pp. 238-240.
- <sup>14</sup> Véase ROSIN, A., (ed) *America: La fortune d'un nom, le baptême du Nouveau Monde à Saint-Dié-des-Vosges*, Grenoble, J. Millon, 1991.
- <sup>15</sup> PARKS, G.B., "More's Utopia and Geography" en *Journal of English and Germanic Philology*, 37, 1938, p. 25.



Revista "Factótum"  
 Edificio FES (despacho 515)  
 Facultad de Filosofía  
 Campus Unamuno - Universidad de Salamanca  
 37007 SALAMANCA

[www.revistafactotum.com](http://www.revistafactotum.com)

[redaccion@revistafactotum.com](mailto:redaccion@revistafactotum.com)  
[edicion@revistafactotum.com](mailto:edicion@revistafactotum.com)